

PREGÓN FERIA DEL LIBRO DE GRANADA

17 DE ABRIL 2015

LUIS MUÑOZ

Señoras y señores, autoridades, queridos amigos:

Me han pedido que hable sobre las ciudades literarias y no estoy seguro de haber dado con una fórmula adecuada.

Voy a emplear los próximos minutos en tratar de unir testimonios de pasión por la literatura y por el libro que he conocido de primera mano o me han afectado de manera decisiva, y voy a intentar explicarles por qué.

*

En el verano de 1936, al comienzo de la guerra civil, mi abuelo paterno, Román Muñoz Arbeloa, fue detenido por la policía en su casa del número 5 de la calle Cuenca de Granada.

No lo contaba él, porque hizo del silencio una especie de protección mágica, que nos hacía fantasear a mis hermanas, a mi hermano y a mí sobre la verdadera naturaleza de sus pensamientos, y porque algo en su carácter le impedía mostrarse como una víctima.

Quien lo contaba, y profusamente, era mi abuela, que necesitó desahogarse con sus hijos con el relato de aquellas semanas infernales, y ellos - mi padre y mis tíos-- nos lo contaron a nosotros.

De lo que le acusaron -- fue de tener libros. “¿De tener libros?” -- le preguntamos a mi padre, con la boca abierta. “Sí, de tener libros, entre ellos, libros considerados rojos” - nos respondió. Solo la clemencia del jefe de brigada por la intervención de varios amigos, entre ellos un sacerdote - continuó contándonos--,

unida a las persuasivas peticiones de clemencia de mi abuela, que iba casi a diario a pedir su liberación consiguieron que fuese puesto en libertad mientras que tantos de sus compañeros de celda eran conducidos hacia el famoso “paseillo” .

*

La primera vez que me fijé en la biblioteca de mi abuelo, en su sencilla casa de la calle Pintor Velázquez, una casa de dos plantas con un patio interior y un pequeño jardín con un níspero, me pareció, conocida la historia, que sus libros estaban envueltos en el halo de la aventura, del peligro, y que además emitían un destello doble de desafío y orgullo.

Los libros que le habían conducido al filo de la muerte, los libros prohibidos, acusadores, lucían apretados, dándose calor, muchos años después, en las estanterías de su despacho, con una especie de dignidad excitante que les otorgaba a mis ojos una extraña fuerza.

En mi memoria, además, se unen al aroma del tostadero de café Aguayo, que estaba justo enfrente, y que dejaba ráfagas de confort por toda la calle, y el no menos encantatorio aroma de un obrador de tortas, situado en el edificio colindante a éste, al que mis hermanas, mi hermano y yo nos hicimos adictos.

*

Mi abuela murió en 1973, y mi abuelo vendió aquella casa que se le había quedado grande y que empezaba a deteriorarse. Compró un piso en el mismo edificio que el nuestro, en la calle Emperatriz Eugenia, y repartió el resto de su vida entre Granada y Santa Cruz de Tenerife, donde vivía una de sus hijas, mi tía Lola, y donde pasaba el invierno y el verano, evitando las temperaturas más extremas de Granada.

Los meses que estaba en Granada, mi abuelo venía a almorzar y a cenar todos los días con nosotros, pero su presencia estaba siempre condicionada por su pasión

por leer, aún a pesar de lo metódico que era. A veces llegaba tarde porque se le había ido el santo leyendo. A veces se marchaba pronto porque se iba a leer.

Cuando no estaba en Tenerife, nos escribíamos cartas y me sorprendían el calor de su lenguaje, que era mucho más vivaz y más expresivo que cuando hablaba con él, y también el placer que destilaba al escribir, en particular cuando me preguntaba por la lista de libros que me llevaría de regalo, o cuando, si alguno era difícil de encontrar, se detenía en la valoración de otras posibilidades, en los contenidos concretos de una edición, o en lo que le habían dicho en la librería “La Isla” de Santa Cruz de Tenerife, donde invariablemente los compraba.

Con mis hermanas y mi hermano, la cuestión era un poco más simple, gracias --puede decirse-- al régimen especial para importaciones de Canarias: siempre le pedían pantalones Levi’ s.

*

A medida que me fui familiarizando con esos libros, sobre todo durante sus ausencias de Granada, cuando cogíamos la llave de su piso para ir a estudiar, traté también de descifrar a través de ellos algo de su silencioso temperamento. Los libros eran no solo un mapa de sus intereses de lector sino también una especie de biografía íntima suya que podía completar las lagunas que sus grandes silencios dejaban.

Estaban los airosos libros de los 20, como por ejemplo *Canciones* de Federico García Lorca, en la edición de la revista *Litoral*; estaban los tomos completos de los *Ensayos* de Unamuno, en la edición de la Residencia de Estudiantes; *Tirano Banderas* de Valle Inclán, en la colección de su Opera Omnia; *Los pueblos* de Azorín, en la edición de Caro Raggio; *Las adelfas* de los hermanos Machado en la edición popular de la Farsa; *La deshumanización del arte*, publicada por la Revista de Occidente, o la propia *Revista de Occidente*, completa desde su 1925 hasta 1936.

Pero los libros comprados a partir de la guerra civil, que no habían disminuido en número, y que estaban separados de éstos en estanterías diferentes, mostraban los best-sellers españoles de los años 40, 50 y 60, de gusto mucho más dudoso, en ediciones mucho menos bonitas, con algo de la oscuridad de aquellos años dentro como un equipaje engorroso.

¿Qué había pasado por la mente de lector de mi abuelo? ¿Llegó a pensar en hacerse con libros de circulación clandestina, como las ediciones latinoamericanas de esos años, o ni siquiera se lo planteó?

Lamento ahora no haberle preguntado. Pero sé que, unidos todos los puntos, encajadas, más o menos, todas las piezas, su biblioteca componía el retrato de eso que se llama un “lector puro”, es decir alguien que no busca en la lectura otra recompensa que el ejercicio autotélico de la propia lectura, un lector constante, curioso, imaginativo, hedonista, diverso, y también sé que Granada fue por primera vez para mí una ciudad literaria porque aquí estaban los libros de mi abuelo, con sus puertas abiertas a otros mundos, y sus desafíos, y porque aquí había podido espiar su necesidad de leer.

*

En los años 80, cuando se despertó mi propia pasión por la literatura y los libros, conocí otros ámbitos y otros ejemplos que ampliaron y colmaron de matices, a mis ojos, el carácter literario de Granada. No me refiero a la prodigiosa línea transversal que arranca en la Edad Media y famosamente recorre nuestra historia literaria hasta el presente, y que tiene en Federico García Lorca y en su deslumbrante obra al autor más inagotable, sino a los casos concretos de escritores, sobre todo poetas, que conocí directamente en esos años 80, algunos de los cuales no solo se

dedicaban a su propia obra sino que generaban en torno un movimiento estimulante, una especie de corriente contagiosa.

Por ejemplo, Elena Martín Vivaldi y su delicada figura, a quien con asiduidad encontraba en la calle y en las presentaciones literarias, identificable muchas veces por una tos seca, y cuyo libro *Nocturnos* (1981) corrí a comprar en cuanto apareció, hallando unos versos que me repetí entonces:

antes, ahora, adentro de la noche,
sumergida en sus aguas, pasos que se pierden,
por oscuros rincones, pastos de la memoria,
ahora que es de noche,
porque es de noche
(...)

Rafael Guillén, a cuyo estudio del Albaicín fui a visitarle con un ejemplar de su libro *Moheda* bajo el brazo, y en el que me pareció que tanto él como su poesía irradiaban una humildad cálida y sabia:

De pronto, y no es posible,
porque el recuerdo en mí siempre ha corrido
por delante, de pronto,
pero es así, regreso,
tal vez para alcanzarlo y no buscando
refugio sino para
darle cuerda, y en paz, regreso, digo,
a la Zubia, rastrojo
de mi segunda infancia.

Juan de Loxa que combinaba su trabajo en la radio en el programa "Poesía 70"
-- del que no me perdía una emisión-- con el vitalismo refrescante de su propia obra, y
que en aquellos años, en el 82, publicó su libro *Christian Dios en cada rincón de mi
cuerpo*:

Ojos Míos Amados han venido para hoy hacerme una fotografía.

Qué triste flash, flash, flash llegar tan de repente

y no haber dado cuerda suficiente a la sonrisa de ahora

No vuelvas nunca desnudo No tus brazos extendidos No sándalo

en las axilas Ante la lente de Ojos Míos Amados

He mirado mi corazón que es "dios de la aventura".

Antonio Carvajal, que en los 80 tuvo una década felizmente fecunda,
mostrándose como un maestro de la forma y la emoción, y que publicó en 1981 su
libro *Sitio de Ballesteros*:

Al fin tus brazos hoy me han recobrado

un momento fugaz: toda la vida.

Sólo manan delicias de la herida,

el tibio beso y su temblor alado.

Justo Navarro, que en *Un aviador prevé su muerte*, de 1986, lleva su poesía
hacia la coincidencia de la tensión verbal y la tensión plástica --que funcionan como
una piel de tambor-- y hacia la atención máxima de lo mínimo:

Como panteras negras hay días de sigilo:

así la nieve cubre los vidrios de los autos.

Pule una luz sin filo

los bulevares lentos como animales cautos.

Antonio Jiménez Millán y la cimentada calidez de su reflexión sobre la memoria, la historia y la figuración de lo real, que publica su libro *Restos de niebla* en 1983, donde aparece el poema “Palacio de las Columnas” :

Cambiará la ciudad,
aunque un latido suyo, íntimo,
parezca resurgir en nuestras venas,
sigiloso tacto, aljibe de la memoria.

Ángeles Mora, cuya poesía va de los gozos de la abstracción, que había explorado en su primer libro *Pensando que el camino iba derecho*, hasta la energía creativa de lo doméstico de *La canción del olvido*, publicado en 1985:

Cosas palpables como el silencio ahora,
palpables como el miedo y el cansancio.
O como la canción que cantaré mañana
y pasará como pasó tu mano.

José Carlos Rosales, que da a conocer en 1988 una colección de poemas llena de suave humor y de imágenes lúcidas, al mismo tiempo concretas y merodeadoras, *El buzo incorregible*:

Escribiendo en el agua de un lago ya perdido,
soportando borrascas y nieve y huracanes,
aparece la sombra de un buzo incorregible
con vidrios de tristeza que ponen sordo al día.

Rafael Juárez, que publicó los poemas de *Emblemas y conversaciones* en 1982, conducidos por la concentrada observación de lo que sucede en una especie de pasillo intermedio entre la mirada exterior y la interior:

Pleno
está el jardín de rosas y la noche
plena está del valor de los viajeros
pétalos.

Y la aparición en esos años del manifiesto *La otra sentimentalidad* de Luis García Montero, Álvaro Salvador y Javier Egea y de su airosa propuesta de poética común.

De 1983 es *El jardín extranjero* de Luis García Montero, en el que crea para Granada una atmósfera llena de novedad y sugerencia, que parece al mismo tiempo próxima y remota:

Esta ciudad me mira con tus ojos,
parpadea,
porque ahora después de tanto tiempo
veo otra vez el piano que sale de la casa
y me llega de forma diferente,
huyendo del salón,
abordando las calles
de esta ciudad antigua y tan hermosa
que sigue solitaria como tú la dejaste.

Álvaro Salvador publica *El agua de noviembre* dos años después, en 1985, un elaborado ejercicio de lucidez y aterrizaje de los lugres comunes de los afectos y sus idealizaciones en la pista de su materialización real:

Porque te espero ahora y porque siento
que amar no es otra cosa que perecer de nuevo,
voy a pedir ahora, mirándome en tus ojos,
a los torpes resortes que la vida me ofrece
algo más.

Y Javier Egea, que lleva a cabo en su libro *Paseo de los Tristes* (1982) la construcción de un delicado armazón formal, que equilibra el encuentro entre el lenguaje poético consolidado y la propuesta de uno nuevo y punzante:

Te escribo nuevamente desde una tarde helada
de esas en que nos puede el sentimiento
y la obsesión - ese pingajo de la soledad—
te derriba, te ocupa, sienta plaza en tu cuerpo
y lo más peligroso, te alumbra, te interroga.

Estos casos concretos, otros, igualmente valiosos, a quienes no conocía o no tuve un trato directo con ellos, los escritores que vinieron después, más cercanos a mi edad y, desde luego, los siguientes, han hecho, hacen de Granada una ciudad literaria, una ciudad que crea, que ha creado literatura, y una ciudad creada en gran medida por la literatura.

Cada uno individualmente, y todos juntos, vistos en perspectiva, nos dicen que la literatura no nace por generación espontánea, que la literatura no nace sin el cultivo de la literatura, sin la puesta en relación, el estudio, el debate, el ensayo, la experimentación, la crítica, la argumentación, la espuela de la exigencia.

Granada no es una ciudad literaria por el magnetismo de la Alhambra, ni por la milagrosa armonía arquitectónica y urbanística de culturas, ni por los “paisajes escalenos” –como diría García Lorca— del Albaicín o el Realejo, aunque todos esos elementos puedan participar de ella. Granada no es una ciudad literaria porque sea muy bonita y la literatura le caiga a las manos, sino porque personas concretas han puesto, ponen en marcha, mecanismos concretos que contribuyen a crear una diversidad de corrientes de estímulo.

Yo creo que una feria del libro es uno de esos mecanismos que hacen que una ciudad sea literaria. Las actividades programadas y las casetas que ahora nos esperan están repletas de libros que nos imaginan, que nos revelan, que nos trasladan, que nos cambian las tornas, que crean corrientes, que nos libran de nosotros, que nos sacuden, que nos responden, que nos interrogan, que nos nublan, que nos aclaran, que nos resumen, que nos multiplican. Libros que nos recuerdan --como en la pasión constante de mi abuelo-- que la literatura es una suerte y una necesidad.

Muchas gracias.